

Culturalismos

María Elena Madrigal Rodríguez

El Colegio de México

– Nár-an-ho.

– Naranjo. Na-ran-jo. Va de nuevo: Na-ran-jo.

– Narr-án-hó.

– Súper. Ahora bésame, para que salga mejor...

El cuerpo de la gringa era perfecto: dieciséis vueltas diarias a la pista; vitaminas traídas de Medford.

En siete años, no dejé de ser Lo-ra Nár-an-ho; no varió la largura del tatuaje que engastaba su cadera; no se adentró en los retorcimientos del alma, tan *fire-proof*, no sé si por cultura o por naturaleza.

Nunca pudimos ahuyentar a su cuáquero ni a mi inquisidor de la recámara, y como no nos gustan los cuartetos ni los hombres, un buen día pusimos fin al juego deleitoso de dos vulvas, cuatro senos y la diaria Babel de lenguas.

Hoy, ella, me envía un *e-mail* para contarme del retrato mío adherido con un imán al *freezer*. Yo, de vuelta Laura Naranjo González, repaso una notita que, sobre la cabecera, persiste en recordarme mi procrastinación:

Checklist

- Hacer de su indiferencia el arrullo adormecedor de mis ojos
- Dejar la pátina de su tacto sobre el mío para así eternizar el abrazo
- Guardarla en la tibieza de lo quedo
- Cerrar de puntillas las entradas
- Volverme toda su recuerdo